



EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO DE LOS TALENTOS. (CONTINUACIÓN).

Del empleo de la voluntad.

Madre María Eugenia, Domingo, 24 de octubre. 1880

El otro día les he hablado de los cinco talentos de los que Nuestro Señor nos pedirá cuenta rigurosa, cuando, al fin de nuestra vida, vendrá a juzgarnos. Hablamos de la inteligencia que, para el hombre, es el primero de los talentos: permítanme hoy hablarles de la voluntad.

¡Qué talento, qué fuerza tiene la voluntad! Es el arma poderosa con la que podemos servir a Dios, hacerlo todo por Dios, cumplir siempre nuestro deber. - pero el deber es una palabra fría y seca, – digamos mejor, la voluntad de Dios, manifestada en todas sus leyes, y, para una religiosa, en todas sus reglas, en todo lo que se refiere a los votos que ha hecho. ¿Quién es la que ha empleado constantemente su voluntad para hacer siempre lo que agradaba a Dios, para realmente cumplir su regla, para realmente seguir todas las inspiraciones de Dios, para realmente hacer todo lo que es deber de una religiosa? La palabra deber se toma algunas veces en un sentido puramente humano; pero el deber de una religiosa es una fidelidad constante que no se puede tener más que con la ayuda de una voluntad muy firme; porque, por la debilidad de la voluntad es por lo que se cae en todos los defectos resultantes del mal uso de esta facultad.

Cojamos, si les parece, la propia voluntad. ¿Creen que es una fuerza? Es una debilidad. Es una voluntad que no tiene más finalidad que a sí misma. Emplear toda la fuerza que se tiene, empeñarse con toda la energía que se posee, en una cosa que tiene como principio o como finalidad nuestra honra, nuestro bienestar, nuestro capricho, nuestro gusto, nuestra elección, en fin nosotras misma: es una debilidad; porque, en vez de tener la fuerza para hacer siempre el bien, se emplea la energía que se tiene, para apartarse del bien e ir al mal, ¿Qué diría de lo que hoy es todavía más frecuente, no tener nada de voluntad? ¡Cuántas personas que, habiendo decidido caminar por una vía, no saben emplear en ello su voluntad! Se camina a la vez por dos vías. Si se está en la vía de la perfección, de los consejos, de la santidad, la voluntad está ahí cediendo a todo lo que se presenta. Uno no se ha determinado, no se ha tomado de un modo enérgico el partido de Dios. Uno quería ser perfecto; pero tal empleo, tal dificultad, pero en fin cincuenta cosas nos lo impiden. Las voluntades hoy parecen de algodón. Es una especie de debilidad, de cobardía, de impotencia que hace que uno no se determine de un modo enérgico y que, al tomar una vía tan perfecta como es la de la vida religiosa, no se entrega uno a ella completamente. La voluntad, se ha dicho con frecuencia, es una potencia ciega, porque está determinada por

la inteligencia. Por eso vimos el otro día que tenemos que emplear la inteligencia para conocer a Dios y todo lo que Dios quiere que hagamos. Pero la inteligencia está determinada más todavía por el amor. Los filósofos, en general, hacen de la voluntad y del amor una sola facultad. No es fácil hablando de perfección poner estas os cosas juntas; porque en el amor, hay ciertas delicadezas, hay algo de especial que no eso la voluntad. Sé que la voluntad está determinada por el amor, y es lo que hace incomprendible el que no tengamos una voluntad fuerte para servir a Dios, puesto que el amor a Dios debe estar por encima de todos los demás.

Como cristianas, ya estamos obligadas a decir todos los días: "Dios mío, te amo con todo el corazón, con toda el alma, con todas mis fuerzas, por encima de todas las cosas". Esto no es más que el simple deber de un cristiano: Comprenden pues cuanto se debe perfeccionar el amor en nosotras que estamos en un estado más alto. El deseo de agrandar a Dios, de cumplir su voluntad, de servirle, de procurar su gloria, debe tomar en nosotras un lugar proporcionado al amor que todos los días debe crecer en el corazón de una religiosa. Con la ayuda del conocimiento y del amor, es como la voluntad se determina; pero no es el amor quien determina el capricho ni la propia voluntad; no es con el amor como se llega a esa especie de cobardía que hace que, al no sentir en sí una voluntad enérgica para servir a Dios, se deja uno arrastrar poco a poco por todos los movimientos naturales. Se es ferviente, si Dios envía el consuelo; tibio, si viene la oscuridad; en fin, sin voluntad fuerte de servir siempre a Dios. ¿Dios, nos pedirá cuenta ahora de nuestra voluntad? Ciertamente lo hará, porque nos ha dado esta facultad para servirle. No hay ni una entre nosotras que no tenga, con la gracia, la fuerza de unirse a lo que Dios nos muestra como bien; no hay una que esté desheredada de esta energía necesaria para avanzar en la virtud. El día en el que hicimos los votos, hicimos el acto de voluntad más poderoso y magnífico que puede hacerse. Desde entonces, nuestra voluntad ya no nos pertenece, es decir que la tenemos para obedecer, para ser pobre, para ser perfecta; pero no nos pertenece para volverla a coger, para usarla en otra cosa. Saben que el mayor acto de voluntad es la obediencia. Obedecer pide una voluntad siempre fiel, siempre sumisa, siempre fuerte para hacer que el amor a Dios pase por encima del nuestro propio, y esto es por lo que la obediencia es tan grande a los ojos de Dios. Pensemos pues, Hermanas, en la cuenta que tendremos que dar de nuestra voluntad. Busquemos cómo podemos emplear la fidelidad de nuestra voluntad, la fuerza de nuestra voluntad en su servicio; y después miremos nuestra vida, examinemos si hemos empleado toda nuestra voluntad para hacer lo que se debe hacer, con atención, con interés, sin que sean nuestras propias ideas, nuestras propias consideraciones, nuestros propios juicios los que nos guíen; sino que nos determinemos por la fe, por el Evangelio, por la Regla, por la obediencia, por la humildad, por la caridad, por las virtudes que Dios nos pide, en fin por todo lo que se nos ha enseñado para ir por la vía perfecta, y no por todas las ideas propias que podemos hacernos de la perfección.

San Francisco de Sales dice de una manera encantadora, aludiendo a la estatua que Michol¹ puso en la cama de David para sustraerle de sus enemigos, que la perfección tiene esta desgracia, que cada uno la viste a su gusto. Y es un gran error, añade, porque la perfección no debe de estar vestida con las ropas que nos guste ponerle, sino de caridad,

¹ | Sam 19, 13

de obediencia, de inmolación, de sacrificio. Estos son los Vestidos de la perfección, y no hay que querer darle otros. Para nosotras, religiosas, nuestra perfección consistirá en la práctica de nuestras reglas y de nuestros votos. Saben lo que ha dicho un gran papa: "Sin milagro y sin otro testimonio, canonizaría a todo religioso que hubiera cumplido todos los puntos de su regla y obedecido perfectamente durante toda su vida". Esto es lo que Dios nos pide, empleemos en ello toda la energía de nuestra voluntad.